

Guerrero Coyote y yo.

El Día y la Noche.

En la escuela, nuestra maestra y la Directora, dieron un discurso dedicado a Eimy. Ella había sido una niña muy responsable, y siempre cuidaba de los demás, no sólo de ella misma. Sus padres estaban muy tristes, y estuvieron llorando durante todo el rato que duró esa pequeña ceremonia.

Yo la extrañaba, porque ya no podía platicar con ella, ni jugar como lo hacíamos antes. Lo que más extrañé, fue su compañía en las visitas a las ruinas. Quise seguir yendo, porque me parecía que esos edificios me recordaban mucho a Eimy, y sentía que, dentro de ellos, podía continuar hablando con ella.

–Extrañas a *Alegría de Junio* – me recibió la voz gruesa de Guerrero Coyote, en lo más profundo del pasadizo *Dos* al que Eimy y yo solíamos ir cuando el guardia de seguridad de la zona arqueológica no nos veía. Había entrado hacía un buen rato. Le sonreí a Guerrero Coyote. Efectivamente, el cumpleaños de Eimy era en Junio – Ya es de noche, has jugado mucho tiempo, y pronto vendrán a buscarte – reflexionó Guerrero Coyote, mirando hacia arriba, buscando el Cielo.

–Los padres de Eimy están muy tristes – suspiré, y hablé en voz baja – En la escuela le han dedicado unas palabras, y mis compañeros la extrañan mucho. Algunos lloraron. No entienden por qué las personas deben de irse. Nuestra maestra dice que era muy pequeña para morir de esa manera. No debería de ser así. Nos explicaron que su sangre comenzó a enfermar, y que el tratamiento médico no podía ayudarla. Se trata de una enfermedad que afecta a muchas personas, entre ellos muchos niños.

–Ella te dijo que tu cuerpo está hecho de agua. Y que debes cuidarlo – dijo Guerrero Coyote.

–Ella cuidaba mucho eso – sonreí, mientras recordaba los regaños de Eimy cuando yo no tomaba agua, o no comía lo suficiente – No entiendo por qué ella querría marcharse...

Guerrero Coyote me tomó entonces del hombro, y me invitó a caminar hacia fuera del túnel donde nos encontrábamos. Afuera ya era de noche, y la figura de la Luna era apenas una parte pequeña, una ranura que simulaba una sonrisa en medio del cielo oscuro. Subimos entonces al edificio más alto. Los peldaños eran muy grandes. Guerrero Coyote saltaba ágilmente, y me costaba trabajo seguirle. Se detuvo, y aguardó por mí. Yo miraba hacia abajo, con cierto temor.

–Nadie vendrá y te pedirá que salgas de las ruinas, aún – sonrió el guerrero.

Una vez arriba, nos quedamos de pie, en medio de la plataforma de piedra, miramos a lo alto del Cielo, sintiendo al viento frío alborotar nuestros cabellos. Cerramos los ojos, mientras Guerrero Coyote susurraba unas palabras. Todo estaba en silencio, como si el mundo se hubiera detenido completamente, y fue que un rugido ensordecedor y prolongado, cortó la quietud en la que nos encontrábamos. De inmediato abrí los ojos, y vi con sorpresa cómo un espectacular Jaguar escalaba hábilmente los peldaños de la pirámide, en cuestión de segundos. Había salido de la nada. Se dirigía hacia nosotros con rapidez. Guerrero Coyote reaccionó con una velocidad increíble. Su cuerpo, ágil y poderoso al mismo tiempo, se interpuso entre el Jaguar y yo. El animal se dirigía hacia mí, y rugió ferozmente al ver el cuerpo del guerrero, interponiéndose en su camino.

Estuve a punto de comenzar a correr por el extremo opuesto de la plataforma de piedra, pero mi pie resbaló, y casi caigo por las escaleras.



Cerré los puños con fuerza, y me dirigí hacia el guerrero y el animal. Mi respiración era agitada, pero suspiré, para mantenerme sereno.

–*Nikniu* – entoné con seguridad y seriedad, tal y como me había enseñado a saludar Río. Guerrero Coyote me miró, de reojo, dudando un poco de que yo me acercara. Aún tenía su larga lanza, con una punta de obsidiana negra, como la noche, apuntando al Jaguar – *Nikniu* – Repetí, con seguridad. El animal miró a Guerrero Coyote, luego movió la cabeza para verme a mí, y luego miró a Guerrero Coyote, de nuevo, quien lo retó con la mirada. Estaba claro que no dejaría que el animal me lastimara.

–*Ueliti*¹ – habló de pronto el Jaguar, para mi sorpresa. Nunca había visto que un animal hablara con palabra de Hombre, aunque en una lengua diferente a la mía – *Es un niño valiente* – dijo, serio. Guerrero Coyote se relajó un poco.

–Acaba de perder a una amiga querida – relató Guerrero Coyote – Enfermedad. *Estli*². Lo que los hombres llaman “Cáncer”.

–Sé lo que significa – gruñó el Jaguar. Su voz daba miedo. Mucho – No debería estar aquí. En la cima de la pirámide principal.

–Ha recibido la visita de Serpiente – retó entonces Guerrero Coyote, volviéndose a poner tenso, en reacción a las palabras del animal. El Jaguar entrecerró los ojos, haciendo una mueca al mirarme con suma atención. Se relajó, y descendió dos escalones, volteando sólo para bajar, y después regresar para mirarnos, a Guerrero Coyote y a mí, en una actitud pasiva.

¹ “Poder, tener fuerza”, en lengua náhuatl.

² “Sangre”, en la misma lengua.

—¿Comprendes lo que es la Enfermedad? ¿Por qué a veces nos marchamos al enfermar? — me preguntó el animal, sin quitarme ni un momento la vista de encima. Sus pupilas brillaban en tonalidad roja. Podía sentir su fuerza y poder, en cada parte de su poderoso cuerpo — ¿Y por qué se marchan los niños, como lo ha hecho tu amiga?

Mantuve todo el tiempo la mirada del Jaguar. A pesar de su tamaño, y su voz, que infundía miedo y Respeto, yo quería mucho a Eimy, y ella me había mostrado ese sitio, así que no dejaría que nadie me intimidara dentro de él. Guerrero Coyote leyó mis pensamientos, y se puso en guardia, de nueva cuenta. El Jaguar lo miró, y miró mi decisión. Yo mantenía los puños cerrados.

—Debe venir conmigo — gruñó el Jaguar a Guerrero Coyote — Para conocer el Principio del Día y la Noche — Guerrero Coyote parecía dudar si dejar que el Jaguar se me acercara, pero caminé entonces, lento, hacia donde el Jaguar se encontraba. Bajé con cuidado los escalones altos. Miré a Guerrero Coyote, expresándole con mis ojos que todo estaba bien. El recuerdo de Eimy me dio fuerza. Me coloqué respetuosamente delante de Jaguar, lo miré por un segundo directo a los ojos, e hice una reverencia en agradecimiento por su presencia en mi Vida aquella noche, justo como Guerrero Coyote me había enseñado.

Jaguar, para sorpresa de Guerrero Coyote, se puso en posición de descanso, pegando su enorme cuerpo a la superficie del escalón donde se encontraba, en clara señal de que subiera a su lomo, su espalda, para llevarme sobre él. Guerrero Coyote me miró, con cierta incertidumbre, preguntándome con las facciones de su rostro si yo deseaba ir con el animal. Afirmé con la cabeza, en silencio. El guerrero descansó de su posición de alerta, puso su lanza en posición vertical, en señal de ya no amenazar a Jaguar, y comenzó a cantar de nueva cuenta aquella melodía que le escuché entonar la primera noche, cuando apareció detrás de mí, a un costado de Río.

Con cierto esfuerzo, logré subir al lomo del animal, aferrándome firmemente a su piel, a cada costado de su cuello, mientras con mis rodillas intentaba apretarme a sus costillas con todas mis fuerzas, para sostener el peso de mi cuerpo. El animal, apenas vio que me encontraba listo, dio un espectacular salto, que en dos gigantes pasos nos llevó a la cima de la plataforma de la Pirámide, y de ahí, sin ningún esfuerzo, saltó ágilmente, elevándose sin problema sobre la ciudad, dejando atrás los edificios, las montañas, las nubes, el viento, y llegando a la figura de la Luna, quien nos acogió con un repentino brillo, y, tras unos segundos, en los que cerré los ojos, y volví a abrirlos tras el brillo cegador, nos encontrábamos corriendo en un llano verde, fértil, lleno de Vida, en cuyo extremo, más allá del horizonte, brillaba el Sol, con toda su fuerza, a donde corrimos sin detenernos, yo encima de un animal que volaba, con la ligereza del viento. Habíamos atravesado la Luna, y llegado al otro lado de la Noche: el Día.

El Jaguar poseía una Fuerza increíble. Yo me aferraba fuertemente con mis manos, pies y rodillas, para no caer, pero miraba al frente, entrecerrando los ojos por el viento que soplaba al correr a esa velocidad fantástica.

Al costado del llano había árboles, arbustos, plantas y animales, cuyas figuras aparecían y desaparecían con una rapidez sorprendente. Entonces, entrecerrando mis ojos, y enfocando a una sombra que parecía seguarnos desde hace un rato, puse atención a esa mancha que había conseguido seguarnos el paso. Enfoqué bien, lentamente, y pude ver que se trataba de una Liebre.

–Es la Liebre de la Luna – explicó el Jaguar – Hace mucho tiempo, cuando se crearon el Día y la Noche, los dioses la lanzaron a la Luna, para dejar una huella, y que la Luna no brillara tanto como lo hace el Sol.



Jaguar lentamente fue deteniendo el paso, cuando un Río se dibujó en la lejanía. El contorno del Río fue tomando forma, y pronto estábamos a metros de él.

–Debe haber una diferencia entre el Día y la Noche – explicó la Liebre – Mi trabajo es asegurar que el Hombre pueda comprender que el Día y la Noche son dos lados, dos momentos de la Vida. La Liebre me miró, después de que los tres bebimos un poco de agua. Se dirigió a mí, mientras se limpiaba con su pata delantera su ojo derecho – ¿Le tienes miedo a la Noche? – me preguntó.

–No cuando la Luna brilla mucho.

–Es porque refleja la luz del Sol – dijo la Liebre. El Jaguar se había acostado en una explanada de pasto verde, brillante y fresco a la luz del Sol, que se alzaba a la lejanía. Después de revolcarse un poco, se echó, gruñó varias veces, y se quedó quieto. Tomaba una siesta – Para llegar aquí, atravesaste la Luna – siguió hablando la Liebre – Al ir más allá de la Noche, puedes llegar de nuevo al Día.

–¿La Muerte no es el final del camino? ¿Es lo que intentas decirme? – me adelanté, mientras miraba a detalle a la Liebre, blanca como la nieve.

–Eres listo.

–¿Eimy atravesó la Luna cuando partió de la Tierra? – pregunté.

–Ciertamente ella continuó su camino, más allá de esta pradera, más allá del Sol que nos ilumina ahora – comentó la Liebre – Es la luz al final del túnel, que los adultos describen cuando mueren y los doctores consiguen que despierten. Es la luz que vemos ahora, más allá de ella, del Sol, continúa la Vida. Día y Noche son dos momentos de la Vida. La Vida no se acaba, sigue su rumbo.

Me acerqué a Jaguar para que despertara, necesitaba que me llevara más allá del Sol, para ver a Eimy. El animal ni se movió, dio un espectacular estornudo, con el que salí volando tres metros más allá del pasto. Liebre rió.

–No va a despertar – sonrió Liebre – Y me temo que no puedes ir a ver a tu amiga ahora.

–¿Por qué? La extraño... – mi vista se nubló, y comenzaron a caer lágrimas de mis ojos – Quiero verla.

–Ella concluyó su Misión – me explicó Liebre. Se acercó para limpiar mis lágrimas con sus tiernas patas – ¿Sabes cuál era su Misión?

–No – sollocé.

–Un niño que enferma de cáncer, como ustedes le llaman a la Enfermedad, tiene por Misión no darse por vencido, luchar.

–Pero Eimy luchó – lo interrumpí con dolor – y aún así ella se marchó... No había nada que hacer. Los médicos no pudieron ayudarla. Ella me dijo que así debía ser... Es tan... injusto – Liebre miraba al Sol, luego volteó a verme, atentamente.

–La Misión de Eimy fue inspirarte – confesó Liebre. La miré, sin entender.

–¿Inspirarme? – repetí – ¿A qué?

–A entender que el Día y la Noche son fases de la Vida. Que no importa si enfermas, y después de luchar, no puedes curarte de la Enfermedad, y te marchas. Todos debemos pasar por ello. En la Tierra, después que se oculta el Sol, aparece la Luna, que no siempre brilla completa, sino que varía en su brillo, pero en las diferentes noches no deja de sonreír, para recordarte que tras la Noche, vendrá de nueva cuenta la Alegría del Día, y el brillo del Sol. Es un ciclo que no termina.

–¿A dónde fue Eimy?

–A vivir otros días, a realizar otras misiones, igual de importantes – Liebre volvió a mirar al Sol, que estaba ya en el ocaso, a punto de descender y desaparecer. En poco tiempo se haría de Noche, de nuevo – Ella quería que entendieras eso.

–¿No podía hacer esas misiones conmigo, en la Tierra? – le dije molesto a Liebre. Sé que el animal no tenía la culpa, pero me sentía muy triste al no poder entender todo lo que me decía, y no poder ver a Eimy.

–No, porque para eso te quedaste tú – sonrió Liebre – Tienes una Misión muy importante, que ella quería que comprendieras y cumplieras. Pero primero tienes que aprender a disfrutar del Día y la Noche, ambos por igual. Tienes un talento, un don, que debes compartir con las personas que te rodean.

–¿Talento? – le pregunté.

–Todos tenemos un don, algo que te gusta hacer, que haces muy bien, y que compartes, para ayudar a otros – explicó Liebre.

–Eimy era excelente guía en las ruinas – suspiré – Y cuando me enseñaba a cuidar de mí. La comida que me hacía bien, lo importante que era beber agua, el ejercicio, hacer la tarea. Ser una buena persona... Pero ahora que no está, siento que es de Noche, y la oscuridad me da miedo. Siento mucha tristeza.

–La Noche no tiene por qué darte miedo, o tristeza – continuó hablando Liebre – El talento es como la Luz, puede iluminarte en las noches más oscuras y solitarias. Aún ahora, cuando tu amiga no se encuentra contigo, a través de lo que te enseñó, ella brilla, una parte de su luz permanece contigo. Recuerda que la Luna refleja los rayos del Sol, recordándote que siempre habrá Luz al siguiente día – Miré a Liebre, limpiándome las lágrimas – Si extrañas a Eimy, entonces voltea a ver a la Luna cuando te sientas triste, y búscame en ella. Podremos platicar, si lo deseas.

Me reí. Me gustaba mucho la idea.

Jaguar se despertó entonces. Tras un enorme bostezo que duró mucho, y en el que Liebre y yo nos miramos y reímos, nos volteó a ver, y le dijo a Liebre que era momento de marcharnos. Había que regresar a la Luna, antes de que se hiciera más tarde. Liebre se despidió de mí. Me acerqué y le di un fuerte abrazo. Su pelo era suave y su cuerpo cálido como las mantas que mamá colocaba en la cama cuando hacía frío, por las noches.

–Te buscaré en la Luna para platicar – le prometí.



Jaguar corrió como un relámpago por la pradera, llevándome a cuestas, por donde habíamos venido antes, y miré cómo todos los contornos y figuras de las plantas, árboles, animales y demás, se dibujaban en colores naranjas, rosas y amarillos. Comenzaba a anochecer. El atardecer era hermoso. Volteé para ver los últimos rayos del Sol, que se ocultaba en una hermosa montaña, detrás de nosotros.

Cuando Jaguar dio un salto para atravesar a la Luna, mi cuerpo se aferró lo más fuerte a su cuerpo. La caída fue larga, pacífica, y de pronto sentí que mi cuerpo estaba cansado, y se relajaba mientras caíamos interminablemente. Pude ver las montañas que rodeaban a la ciudad, las nubes, la pirámide de las ruinas en la lejanía, y la pequeña figura de Guerrero Coyote, que nos esperaba pacientemente de pie, mirando atento hacia la Luna, cuya sonrisa brillaba en lo alto del cielo negro. Entonces mis ojos se cerraron, y entré en un profundo sueño, que me hizo sentir tranquilo, que me hizo sentir bien...

–¡Hey, niño! – una voz me hablaba entonces, sacudiéndome el hombro, mientras una luz de linterna brillaba a un costado de mi cuerpo. Lentamente abrí los ojos, aún sumidos en la oscuridad, que me hacía sentir tranquilo, y protegido – Es muy tarde, ya hemos cerrado la zona arqueológica. ¡Debes irte a casa, tus padres deben estar preocupados! – Pude ver la figura del policía, que me miraba, entre preocupado por no despertar inmediatamente, y molesto – ¡Te quedaste dormido en el túnel Dos! Es momento de que vayas a descansar a casa.

Bostecé, me tallé ambos ojos con las manos, recogí la figurilla de piedra de Guerrero Coyote, que estaba a un lado de mi zapato, y me fui caminando a casa. Ya no tenía miedo o sentía tristeza porque era de Noche.

Miré a Luna, y ella me miró, y me sonrió, en medio de la oscuridad.